

La naturaleza de las humanidades Para una vida bajo otro clima

raúl rodríguez freire
editor

Ana Ochoa Gautier
Astrid Ulloa
Clemencia Echeverri
Emmanuel Biset
Evando Nascimento
Gabriela Méndez Cota
Jörg Dünne



M I M E S I S

MUNDOS POR VENIR

La naturaleza de las humanidades
Para una vida bajo otro clima

© ediciones mimesis

Ana Ochoa Gautier
Astrid Ulloa
Clemencia Echeverri
Emmanuel Biset
Evando Nascimento
Gabriela Méndez Cota
Jörg Dünne
raúl rodríguez freire

agosto de 2022

diseño: Mary Luz Estupiñán
y raúl rodríguez freire
diagramación: Guido Olivares
impresión: Alerce Talleres Gráficos

ediciones mimesis
Santiago de Chile
edicionesmimesis.cl
mimesisediciones@gmail.com

ISBN: 978-956-6130-05-5



Índice

Presentación	7
El clima de lo sonoro Preludios para un oído geológico Ana Ochoa Gautier	25
La extinción de la cultura Emmanuel Biset	57
Intervenciones críticas: arte y naturaleza Clemencia Echeverri	91
Zonas críticas: la literatura y lo terrestre Jörg Dünne	105
Reimaginar lo humano y confrontar desigualdades socioambientales: visiones otras de mundos posibles en América Latina Astrid Ulloa	125
Otro humanismo - humanismo del otro: Clarice Lispector, los vivientes & las plantas Evando Nascimento	145
Simplemente di no a las Humanidades: un contra-apocalipsis editorial Gabriela Méndez Cota	173
Æn-tropía. 11 tesis intuiciones para un otro espíritu de las ciencias del espíritu raúl rodríguez freire	185
Autoras y autores	211

Presentación

raúl rodríguez freire

1. Para especialistas de diversas áreas, el impacto global de las actividades humanas sobre los ecosistemas terrestres ha transformado las condiciones climáticas a tal punto, que estaríamos asistiendo a la emergencia de una nueva época geológica a la que se le ha dado el nombre de Antropoceno. Este término fue empleado en el año 2000 por Paul Crutzen (premio Nobel de química) y Eugene F. Stoermer, con el fin de dar cuenta del negativo impacto antrópico, confrontándonos así con la posibilidad de una nueva (y autoprovocada) extinción. “La expansión de la humanidad, tanto en número como en explotación per cápita de los recursos de la Tierra, ha sido asombrosa”, señalaban entonces. La determinación de una nueva época se establece a partir del crecimiento de la población mundial, de la urbanización y de la liberación global de dióxido de azufre, dióxido de nitrógeno y dióxido de carbono, así como también del agotamiento del combustible fósil, la destrucción de la capa de ozono, la impresionante reducción de los bosques y la extinción diaria de miles de especies, entre otros acontecimientos irreversibles. Su conclusión: “Teniendo en cuenta estos y muchos otros impactos importantes y aún crecientes de las actividades humanas en la tierra y la atmósfera, y en todas las escalas, incluidas las globales, nos parece más que apropiado enfatizar el papel central de la humanidad en la geología y la ecología al proponer el uso del término ‘Antropoceno’ para la época geo-

lógica actual. Los impactos de las actividades humanas actuales continuarán durante largos períodos”.¹ Para América Latina, la violencia extractivista, responsable de gran parte de la destrucción del planeta, se articula de manera inexorable con la violencia política, por lo que esta nueva época se encuentra sobredeterminada por múltiples crisis para cuya resolución se requiere más que un cambio de matriz energética. Baste pensar que, para el caso de Chile, la minería (como las condiciones que enmarcan nuestras formas de vida) se privatizó radicalmente durante la dictadura, mientras que para Colombia la minería de oro se vincula de múltiples formas con el paramilitarismo y el narcotráfico. Por supuesto, este escenario no es exclusivo de la región. Pensemos en la República Democrática del Congo, un país atravesado por una (nueva) guerra civil que constituye el escenario en el que opera la minería de coltán (hoy dominada por el ejército de Ruanda).

2. Si bien aún no se alcanza un consenso sobre el término (hay otros, como capitaloceno, tecnoceno, faloceno, etc., que buscan reemplazarlo), como tampoco sobre su comienzo (conquista de América, revolución industrial, bomba atómica), es indudable que el agotamiento del planeta por parte de la especie humana es un problema determinante para la vida misma, y esta no se comprende si no es a partir del tiempo profundo que conlleva la historia del planeta. Se trata de un problema que lo es tanto para el conjunto de los saberes, como, de manera particular, para aquellos que asumen (o eso se supone) como preocupación central la experiencia humana que se recoge bajo el nombre de “cultura”. El principio antrópico y su efecto geológico hace que la modernidad, época de la luz y la razón, esté marcada por la

¹ Paul J. Crutzen y Eugene F. Stoermer, “The ‘Anthropocene’”, *Global Change Newsletter* 41 (2000), pp. 17-18.

clausura de la trama de la vida (no solo la nuestra, por tanto), pues no es el planeta lo que pelagra, sino la vida tal como la conocemos. Ello implica que los saberes que se asocian o reúnen, explícitamente o no, en torno a la noción de cultura (filosofía, literatura, psicología, sociología, antropología, historia e incluso economía), carecen de las herramientas adecuadas para aprehender este momento que atravesamos, precisamente porque se constituyeron modernamente en contraposición a la trama de la vida. De manera que no resulta aventurado, ni antojadizo, señalar que la situación a la que hemos dado lugar se ancla en el modo en que concebimos lo humano (y la “cultura”) y su relación con el planeta. En otras palabras, las humanidades operan contra la naturaleza. Por supuesto, hay excepciones en cada disciplina, pero la tendencia dominante (que ve a la naturaleza como algo del todo diferente) es lo que aún las caracteriza. Si hasta el modo de imaginar la propia extinción (el día después del humano), que sería un fenómeno biológico, se encuentra indefectiblemente unido a una figuración humanista.² Por cierto, de parte de las llamadas “ciencias naturales” la situación no es muy distinta; baste pensar en la ingenua (ideológica) creencia en la objetividad que aún las enmarca, creencia de la que, como corolario, surge la afirmación de su supuesta apoliticidad, entendida como “neutralidad”. Ejemplos que develan los múltiples intereses que las atraviesan y las constituyen (y a las disciplinas que se disfrazan de ciencia, como la economía) se encuentran por todos lados, como muestra muy bien gran parte de la obra de Vandana Shiva o *Un verdor terrible*, la reciente novela de Benjamín Labatut. La complejidad de la crisis que afrontamos, ha señalado Isabelle Stengers, exige que se actúe a

² Joanna Zylińska, *El fin del Hombre. Un contraapocalipsis feminista*, trad. Nicole Darat y Raúl Rodríguez Freire, Santiago, mimesis, 2022, pp. 79 y ss.

partir de una inteligencia pública, “una relación inteligente, vale decir, interesada pero lúcida”, teniendo en cuenta que una inteligencia tal no es exclusiva de los científicos.³ “La esperanza que los científicos ponen en la razón como guía para salir del apuro actual”, apunta Dipesh Chakrabarty, “es una reminiscencia de la oposición social entre el mito de la Ciencia y las políticas actuales de las ciencias”.⁴ Reimaginar (y habitar) no apo(ca)lí(p)ticamente el tiempo que vendrá requiere que se suplemente desde las humanidades el trabajo de las ciencias, y que estas, a su vez, sean recibidas por quienes hacen del estudio de lo humano su preocupación. Pero las humanidades también deben, a su vez, ser reconfiguradas, dada la matriz falocéntrica que aún las permea y que contribuye a que operen en oposición a la naturaleza, y a las ciencias que la estudian.

3. El coloquio que dio lugar a este libro, realizado de forma virtual en abril de 2021 y del que se ha tomado el nombre “La naturaleza de las humanidades: para una vida bajo otro clima”, se planteó como una contribución a la pregunta por la forma en que los saberes humanistas deben alterarse, al tiempo que buscó invertir la preocupación de la crítica ecológica tradicional, pasando de la refencialidad de la naturaleza, a la pregunta por las condiciones materiales/minerales de las humanidades y la necesidad de su radical transformación. Reunió a investigadoras, investigadores y artistas de diversos países a partir de la tarea que implica asumir de manera conjunta el desafío de un mundo en el que lo viviente (animal, vegetal, microbiano) y lo

³ Isabelle Stengers, *Otra ciencia es posible. Manifiesto por una desaceleración de las ciencias*, trad. Víctor Goldstein, Madrid, NED, 2019 [2017], p. 16.

⁴ Dipesh Chakrabarty, *Clima y Capital. La vida bajo el Antropoceno*, varios traductores, Santiago, mimesis, 2021, p. 27.

no viviente organicen la relación entre humanos y no humanos. Tareas como esta se vienen realizando cada año con mayor intensidad, y la pandemia por la que aún atravesamos no hace sino afirmar el carácter de urgencia con que se debe intervenir el modo de vida que, en tanto especie, hemos estado llevando, pero generalmente se pasa por alto que es desde nuestra misma cotidianidad que contribuimos a la clausura del porvenir. Habitamos una ambivalencia, y tenemos que hacernos cargo de ella.

4. Hacia principios de los años sesenta del siglo XIX, un filántropo ofreció diez mil dólares en oro a quien encontrara un material que pudiera reemplazar al marfil. Con él se fabricaban cajas de decoración, teclas de piano y peinetas, pero era para bolas de villar para lo que más se lo empleaba. La situación era crítica en Ceilán, donde más de 1000 elefantes eran asesinados anualmente, a fin de abastecer las mesas de juego que toda casa (occidental) respetable debía tener, de manera que el miedo ante su extinción se hizo inminente. El primer plástico sintético se obtuvo, así, como respuesta a dicha solicitud, y gracias a que John Wesley Hyatt respondió al llamado. En 1869 produjo, a partir de un polímero natural, la celulosa, “una sustancia maleable que podía volverse tan dura como el cuerno. Repelía el agua y los aceites y era posible moldearla o prensarla en trozos reutilizables”.⁵ De manera que el plástico salvó a los elefantes, por lo menos en aquel crítico momento. Un año más tarde Hyatt creó la Celluloid Manufacturing Company, dando origen a una de las industrias claves de la vida moderna, y en cuyo alero crecieron prácticas como el cine y la fotografía. Y la publicidad que elaboró para su empresa estaba atravesada (¡quién lo diría!) por una loable conciencia ecológica: “Al

⁵ Susan Freinkel, *Plástico. Un idilio tóxico*, trad. Victoria Ordóñez, Barcelona, Tusquets, 2012 [2011], p. 34.

igual que el petróleo llegó en auxilio de la ballena, el celuloide ha proporcionado al elefante, a la tortuga y al coral un respiro en sus hábitats naturales; y ya no será necesario saquear la tierra en busca de sustancias que son cada vez más escasas".⁶ Hoy resulta sorprendente que alguna vez el plástico haya sido considerado favorablemente por su contribución a la reducción de la matanza de ballenas, pero es de resaltar el que ya entonces se estableciera una relación directa entre materialidad, saqueo y extinción. Pero el invento de Hyatt no solo evitará momentáneamente la extinción de algunos animales, también transformará la vida de miles de personas, pues con su descubrimiento se fabricarán miles de otros objetos (que reemplazarán a los de metal, vidrio, madera, etc.), posibilitando una democratización del consumo que sin duda será determinante para reducir la pobreza e incluso para mejorar la salud. Como ha recordado Susan Freikel, "los cuellos de celuloide que imitaban el lino permitían a cualquier hombre tener aspecto de dandi", al tiempo que "los cepillos de dientes de celuloide sustituyeron a los que tenían el mango de hueso, poniendo así la higiene dental al alcance de cualquiera por unos pocos centavos".⁷ El plástico ha representado tanto un remedio como un veneno, y lo mismo se puede decir de las ciencias y de las humanidades, de ahí la necesidad de la inteligencia *lúcida e interesada* que nos reclama Stengers, sobre todo en tiempos de catástrofes.

5. Para la primera sustancia completamente sintética hubo que esperar unas décadas, pues recién en 1907 Leo Baekeland logró dar con ella, que en su honor lleva el nombre de baquelita. Se trata de un material que llegó a configurar toda una estética,

⁶ *Ibid.*, p. 35.

⁷ *Ibid.*, p. 38.

denominada retro, al tiempo que se transformó en el soporte principal de tecnologías como el teléfono, las radios y los televisores. Pero como se trata de un plástico termoestable, que solo se puede calentar y plasmar una sola vez, terminó siendo desplazado por el termoplástico, que es flexible, y, por tanto, se lo puede moldear tantas veces como se quiera. Sin los plásticos, el mundo contemporáneo no sería tal como lo conocemos. Su explosión ocurrió al despegar lo que se ha dado en llamar "la gran aceleración", esto es, terminada la segunda guerra mundial, instancia para la cual la industria del plástico se aplicó de tal manera que gran parte de los materiales en aquellos años inventados son los que hoy conocemos. Se los fabricaba (inventaba) para luego buscarles alguna aplicación, como en los juguetes, una industria que creció, literalmente, gracias al Polietileno. De manera que los plásticos han transformado los hogares de todo el mundo, al punto de democratizar ya no solo el consumo, contribuyendo a la reducción de la pobreza, sino también el diseño, lo que hace que estén indefectiblemente unidos al modo de vida antrópico que produce y reproduce el Antropoceno. Como entrevistó J. G. Ballard en su premonitona novela *La sequía* (1964), el plástico también es un veneno, de manera que se suma a un conjunto de elementos que nos confrontan con un dilema insoslayable ante la crisis ecológica que hemos producido. Lo que se necesita para erradicar la pobreza es, también, aquello que contribuye a la destrucción de la vida y ello, por supuesto, más allá de plástico: "sin carbón, del cual China e India aún dependen en gran medida, ¿cómo se podría sacar a la mayoría de los pobres del mundo de la pobreza en las próximas décadas y, por lo tanto, equiparlos para adaptarse al impacto del cambio climático?".⁸ A este dilema, que Chakrabarty incluso

⁸ Chakrabarty, *Clima y Capital*, p. 75.

llama fisura, no se responde de una manera simple, ni ingenua.

6. Es este dilema, creo, el que llevó a Chakrabarty a optar por el término Antropoceno en lugar de Capitaloceno. Para quien conoce su trabajo y su compromiso político, con esta elección no se pone en duda su crítica radical al capital, así como a los sectores dominantes de la India y del mundo. Tampoco a las formas de conocimiento, que le llevaron a provincializar a Europa, recordándonos que esta responde a una historia local que busca imponerse violentamente como global. El problema con el Capitaloceno estriba entonces en que pasa por alto la necesidad, diría que la urgencia, de pensar lo humano más allá de lo cultural y lo social, e incluso más allá de lo que se considera como naturaleza.⁹ En otras palabras, la narrativa del Capitaloceno, compartida, por cierto, por gran parte del mundo científico, reproduce la distinción kantiana que diferencia las vidas morales humanas de las vidas animales, y al hacerlo, oblitera la condición sobre la que se levanta la crisis ecológica: la distinción humano/naturaleza. Dicha condición se sustenta en la excepcionalidad humana que, a su vez, comprende a la naturaleza como *su* recurso. De ahí que sea insuficiente la transición hacia las energías renovables, así como también el decrecimiento y el giro hacia un socialismo verde, sin duda estrategias políticas necesarias. Pero lo que estas opciones no ven es que la crisis que enfrentamos no se circunscribe solo al ámbito económico, lo que no implica desconocer su responsabilidad, ni su importancia. Se trata, más bien, de pensar la humanidad como especie y, por tanto, como parte de una historia natural que comparte con todos los demás seres que habitan el planeta, sin desconsiderar a ninguno. Ello nos inserta en un mundo dominado por la

⁹ Philippe Descola, *Más allá de naturaleza y cultura*, trad. Horacio Pons, Buenos Aires, Amorrortu, 2012 [2005].

incertidumbre: “El calentamiento global antropogénico pone de manifiesto la colisión –o el enfrentamiento entre sí– de tres historias que, desde el punto de vista de la historia humana, normalmente se asumen que funcionan a ritmos tan diferentes y distintos que se tratan como procesos bien separados para todos los propósitos prácticos: la historia del sistema tierra, la historia de la vida, incluida la de la evolución humana en el planeta, y la historia más reciente de la llamada ‘civilización industrial’ (para muchos, el capitalismo). Los humanos ahora involuntariamente montan a horcajadas estas tres historias que operan en diferentes escalas y a diferentes velocidades”.¹⁰ Bajo el presentismo que domina nuestro tiempo, pensar la intersección de diversas temporalidades se vuelve un desafío casi infranqueable, al que debemos tratar de responder con una imaginación y unos saberes que no pueden limitarse a Occidente, ni a sus modernos adultos. La imaginación ni quisiera debe ser global, sino planetaria, mientras el saber ya no debe caminar sino es de la mano de la sabiduría. La crisis que atravesamos no se reduce a un análisis costo beneficio, que es el tipo de ejercicios que no ha dejado de predominar. El cambio climático antropogénico ya alteró los próximos 100 mil años.¹¹ Pero incluso para un escenario tan apremiante como este, la ciencia, que ha resultado determinante para conocer la situación que afrontamos, tampoco debe operar sola ni a su antojo.

7. Como señalan Peter Newell y Matthew Paterson, en una reflexión que Chakrabarty hace suya, “detrás del lenguaje acogedor que se usa para describir el cambio climático como una amenaza común para toda la humanidad está claro que algunas per-

¹⁰ *Ibid.*, p. 66.

¹¹ Curt Stager, *El futuro profundo. Los próximos 100.000 años de vida en la tierra*, trad. Joan Lluís Riera, Barcelona, Crítica, 2012.

sonas y países contribuyen a ello de manera desproporcionada, mientras que otros son los más afectados por sus efectos. Lo que hace que sea un asunto particularmente difícil de abordar es que son las personas que más sufrirán las que actualmente contribuyen menos al problema, por ejemplo, los pobres en el mundo en desarrollo. A pesar de que se habla frecuentemente de una cuestión científica, el cambio climático es ante todo una cuestión profundamente política y ética¹² que obliga a replantear tanto el modo de vida, como el modo en que, en tanto humanos, nos concebimos a nosotros mismos y al mundo. Pero ello es más simple decirlo que hacerlo. Imaginémoslo, dice Chakrabarty, un mundo equitativamente próspero y de mayor justicia social. “Sin duda, un mundo así sería más igualitario y justo –al menos en términos de distribución de ingresos y riqueza– ¡pero la crisis climática sería peor!”. Aquí es cuando Chakrabarty da cuenta del efecto de la población mundial sobre el planeta. La sola presencia humana, que se acerca a los 8 mil millones y se prevén 11 mil millones para el 2100, es responsable de la extinción de miles de especies no humanas. El de la población es, dice, “un problema simultáneamente reconocido y negado”,¹³ y en ello se acerca a Donna Haraway, quien también ha insistido en este punto, llegando a elaborar una polémica consigna: “generemos parientes, no bebés”, aunque aquí parientes no se reduce a familiar, sino a personas, pero estas, a su vez, tampoco se reducen a los humanos ni a los individuos. Se trata, más bien, de generar relaciones con todos los seres que habitan la tierra.¹⁴

¹² *Ibid.*, p. 76.

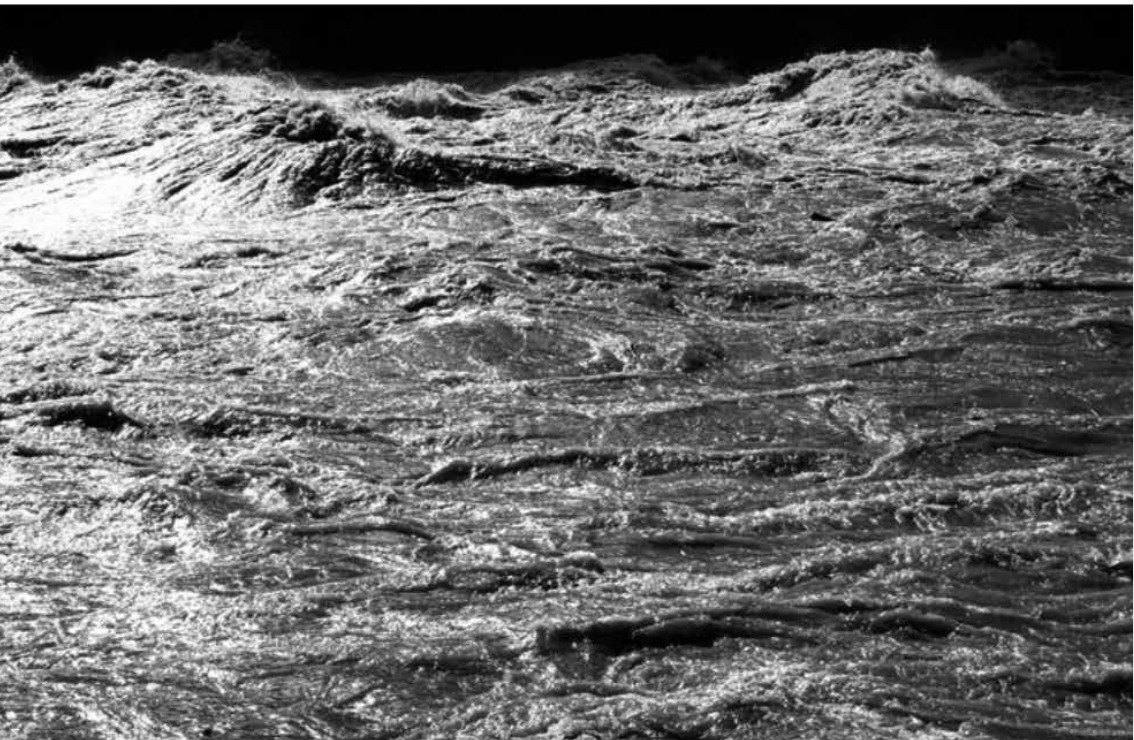
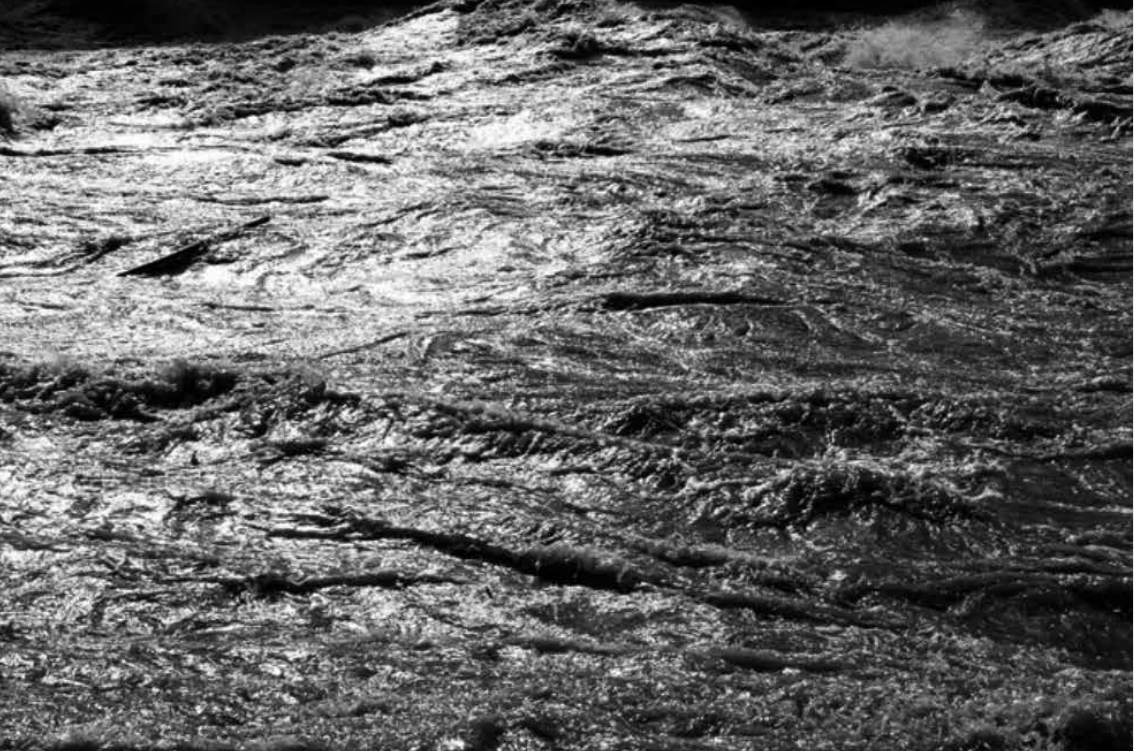
¹³ *Ibid.*, p. 76.

¹⁴ Ver Donna Haraway, *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*, trad. Helen Torres, Bilbao, Consonni, 2019 [2016].

**Intervenciones críticas
Arte y naturaleza**

Clemencia Echeverri

www.clemenciaecheverri.com



AUTORAS Y AUTORES

Ana María Ochoa es profesora de los Departamentos de Música, Español y Portugués y Comunicaciones de la Universidad de Tulane. Escribe sobre política cultural, silencio forzado y conflictos armados, genealogías de la escucha y el sonido en América Latina y el Caribe. Investiga sobre la bioacústica de la vida y la muerte en las historias coloniales de las Américas. Ha publicado, entre otros, *Aurality. Listening and Knowledge in Nine 19th-Century Colombia* (2014), de pronta traducción. Para el 2022 publicará *La vida de los sonidos*.

Emmanuel Biset es profesor de la Universidad Nacional de Córdoba e investigador del CONICET. Dirige el Programa de Investigación «Estudios en Teoría Política» del CIECS (CONICET y UNC) y coordina el Proyecto «Arqueologías del porvenir» (<https://arqueologiasdelporvenir.com.ar>). Ha publicado *Violencia, justicia y política* (2012), *El signo y la hiedra* (2012) y *El ritmo y la distancia* (2017). También ha compilado los libros *Ontologías políticas* (2013), *Sujeto. Una categoría en disputa* (2015), *Derrida político* (2013) y *Soberanías en deconstrucción* (2020).

Clemencia Echeverri nació en Salamina, Caldas, Colombia. Reside y trabaja en Bogotá. Estudió Comunicación Visual y Artes Plásticas, en Colombia e Inglaterra. Fue docente por 27 años. Desde los años 90 explora problemas relacionados con la violencia, la memoria y la naturaleza en Colombia. Mediante el dibujo, la fotografía, la video-instalación, el sonido y la interactividad; crea proyectos que exigen salidas de campo, investigación, compromiso social y tecnología. Página web clemenciaecheverri.com

Jörg Dünne es profesor de literatura románica en la Universidad Humboldt de Berlín desde 2017. Sus intereses se centran en la teoría cultural del espacio, la historia del saber y la cartografía y la relación de la geología y el tiempo profundo con la literatura. Entre sus publicaciones se encuentran las ediciones *Raumtheorie* (2006) y *Scénarios d'espace* (2014) y sus libros *Die kartographische Imagination* (2011), *Die katastrophische Feerie. Geschichte, Geologie und Spektakel in der modernen französischen Literatur* (2016) y *Kosmogramme. Geohistorische Skalierungen romanischer Literaturen* (2019).

Astrid Ulloa es profesora titular del Departamento de Geografía de la Universidad Nacional de Colombia y directora del grupo de investigación Cultura y Ambiente. Tiene Maestría y Doctorado en Antropología de la Universidad de California, Irvine, EE.UU. Sus principales temas de investigación son: movimientos indígenas, autonomía, feminismos indígenas, género, territorialidad, problemáticas ambientales, extractivismos, cambio climático. Actualmente es investigadora de la red Mecila, y de River Commons. Tiene diversas publicaciones entre libros, capítulos y artículos.

Evando Nascimento es escritor, ensayista, académico y artista visual. Enseñó en la Universidade Federal de Juiz de Fora y en la Université Stendhal de Grenoble. Hizo un posdoctorado en filosofía en la Universidad Libre de Berlín. Fue alumno de Jacques Derrida en París en los años 90. Ha publicado *La solidarite des vivants et le pardon* (2017), *Derrida y la literatura* (3ª. ed. 2015; 2021 en español) y *Clarice Lispector: uma literatura pensante* (2012). También ha publicado cuatro libros de ficción, entre los que se encuentran *Retrato desnatural (diários 2004 - 2007)* (2008), *A Desordem das inscrições* (2019) y *Diários de Vincent: Impressões do estrangeiro* (2021).

Gabriela Méndez Cota es investigadora transdisciplinaria en el Departamento de Filosofía de la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México. Ha estudiado la defensa del maíz nativo en México, frente a la biotecnología transgénica. Al respecto publicó *Disrupting Maize: Food, Biotechnology and Nationalism in Contemporary Mexico* (2016), y desde entonces ha escrito artículos y capítulos sobre el ecocidio, la afectación socioambiental, y los límites de la representación como “Policing the Environmental Conjuncture” y “A Queer Ecological Perspective of Ecocultural Identity in Contemporary Mexico”.

TCU 2503363 5

TTNU 106765
22G1

MAX. GROSS	30.480 KGS 67.200 LBS
TARE	2.100 KGS 4.630 LBS
NET	28.380 KGS 62.570 LBS
CU. CAP.	332 CU.M. 1.172 CU.FT.

MSKU 769 753 0
22G1

MAX. GROSS	30.480 KG 67.200 LB
TARE	2.170 KG 4.780 LB
PAYLOAD	28.310 KG 62.420 LB
CUBE	33.2 M ³ 1.170 FT ³

erskline.com

CMC

MRKU 734 355
22G1

MAX. GROSS	30.480 KG 67.200 LB
TARE	2.170 KG 4.780 LB
PAYLOAD	28.310 KG 62.420 LB
CUBE	33.2 M ³ 1.170 FT ³

maerskline.com

CMC